

Que el olvido social no nos gane: prácticas sociales conmemorativas en Latinoamérica

That social oblivion not win us: Commemorative social practices in Latin America

Luis Mauricio Escalante Solís*
Carlos David Carrillo Trujillo**

Resumen: Las sociedades comparten un serie de formas a través de las cuales se pueden identificar, conocerse y re-conocerse, sin hacer mucho caso a la especificidad, latitud o cultura que las caracterizan y las unen. Lo primero que comparten es una memoria social, entendida como un significado compartido por los miembros que lo conforman, sin importar su veracidad o autenticidad. El recuerdo es necesario para mantener unido a los integrantes de un grupo, es por ello que se manifiesta constante e intermitentemente en el transcurso de la existencia del grupo social, se vuelve un significado adoptado por dicho colectivo que debe ser manifiesto en las actividades y la cotidianidad.

El presente trabajo describe y analiza tres prácticas sociales de conmemoración denominadas alternativas que se realizan en países latinoamericanos (Argentina, Chile y México), se fundamentan sus orígenes, causas sociales y formas de organización, así como sus acciones principales. El eje rector que unifica a estas tres prácticas conmemorativas es el hecho de que reivindican la lucha social y ejemplifican mecanismos contrahegemónicos de demanda social, antes las falencias, omisiones y acciones del Estado. El estudio y el análisis de las

* Licenciado en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Yucatán. lmjes2@hotmail.com

** Doctor en Psicología. Profesor de tiempo completo en la Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Yucatán. carrillo.trujillo@gmail.com

conmemoraciones abren la posibilidad de entender distintos usos del pasado. Los eventos históricos construyen un relato que otorga identidad y sentimiento de unidad. Sin embargo, recuperar el pasado a través de la conmemoración no elimina el surgimiento de grupos contrahegemónicos que proponen una reflexión crítica sobre lo sucedido.

Palabras clave: Conmemoración – Latinoamérica – Memoria social – Lucha social.

Abstract: The societies share a number of ways through which they can identify and meet. However, often irrelevant specifics of culture. It is much more important social memory. Social memory is something that is shared by members of a group regardless of their veracity or authenticity. The memory is needed to hold together the members of a group. Therefore, the memory becomes a meaning adopted by the collective manifested in everyday activities.

This paper describes and analyzes three social practices of commemoration taking place in Latin American countries (Argentina, Chile and Mexico), describing their origins, social causes, forms of organization and main actions. The guiding principle that unifies these three commemorative practices is claimed that exemplify the social struggle and counter-hegemonic mechanisms of social demand, given the failures, omissions and actions of the state. The study and analysis of the commemorations open the possibility of understanding different uses of the past. Historical events construct a story that gives identity and togetherness. However, recovering the past, through the commemoration does not eliminate the emergence of counter-hegemonic groups that propose a critical reflection about what happened.

Keywords: Commemoration - Latin America - Social memory – social fight.

La memoria colectiva se define como la reconstrucción de acontecimientos que han ocupado un lugar en la vida de un grupo (Halbwachs, 1950, p.52) y de ello se encargan estas prácticas conmemorativas: reconstruir viejos usos para darles un nuevo rumbo, una reinterpretación renovada, una lectura que alude tanto al pasado como a las condiciones que se viven en el presente. Se redimen elementos que, con antelación, han sido tomados en cuenta por otros, para incorporarlos a su vida, a su caminar, a su memoria. Los ejercicios conmemorativos, dice Durkheim (1912, p.89), son lo que nos unen con el pasado y con los antepasados, manteniendo vínculos con generaciones que ya no están, pero cuyo significado permanece. Al darse esta comunión se está apostando a un proyecto de continuidad, a que lo hecho por otros no desaparezca junto con ellos.

Nuestros recuerdos y olvidos proceden de nuestro lugar en la configuración histórica de nuestras sociedades, de los sistemas de espacialización y temporalización que organiza la vida y la existencia, de los conflictos y de las condiciones que nos exponen o alejan de ellos. De cómo sólo somos lo que recordamos que somos ante la creencia del mundo social y en consecuencia, de las representaciones, imaginarios e ideologías que surgen de esta creencia. En este complejo entramado recordamos y olvidamos por nuestra pertenencia a un grupo social concreto, de la misma manera que se producen las propias amnesias.

De esta manera se desarrollan ciertos mecanismos facilitadores del recuerdo y la evocación; dispositivos que construyen los miembros de un colectivo que guardan los significados, las costumbres y los intereses de la sociedad en su conjunto; se trata de acciones que tienen un mayor peso en el rubro de lo simbólico más que en el plano concreto. Pero a su vez, permiten el intercambio, difusión y transmisión de los significados, de sus identificaciones y reivindicaciones. Dichas manifestaciones requieren de una periodicidad para que logren una subsistencia simbólica en el tiempo, para ello es necesario ocupar espacios, así como disponer tiempos que pongan de manifiesto anhelos y significados, en otras palabras, poner en práctica la memoria.

Las prácticas sociales de la memoria son actividades colectivas manifiestas y constatables, son el medio que los colectivos adoptan para saberse reales, cohesionando aún más el significado de un pasado compartido. Lo compartido se convierte en prácticas de conmemoración, rememoración conjunta y activa de un grupo social.

No obstante su afán por recordar, lo que pretenden quienes llevan a cabo acciones de conmemoración, no es resaltar cualquier pasado, sino sólo aquel que es significativo y relevante para un determinado grupo, describir aquello con lo que se identifican sus miembros, aquello que va de acuerdo con lo que sienten (Blondel, 1928, p.45). Se busca que lo importante no pase desapercibido, que los que no saben se enteren, que reconozcan un día o un lugar y participen de un evento que merece notable distinción del resto de las experiencias grupales.

En este sentido, los estudios e investigaciones sobre memoria colectiva no son nada nuevos en las Ciencias Sociales, por el contrario ya tienen una tradición desarrollada. La memoria colectiva como objeto de estudio y las vinculaciones entre los recuerdos y olvidos sociales son procesos sociales presentes que fueron atrayendo la atención creciente de disciplinas como la sociología, la historia y la psicología social.

Como lo enunciaba Halbwachs (1950, p.65) en sus escritos, la memoria colectiva es el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad, diferenciándose de la historia como crónica oficial, en que a ésta no le interesa si alguien experimentó los acontecimientos, mientras que para la memoria sí.

Mientras que la historia da testimonio de los cambios en la sociedad, la memoria colectiva insiste en asegurar la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, como en un intento por mostrar que el pasado permanece, que nada ha cambiado dentro del grupo y, por ende, junto con el pasado, la identificación de ese grupo también permanece, así como sus proyectos.

En resumen, la memoria colectiva es un proceso social de reconstrucción del pasado vivido o significado por un grupo o sociedad, que se contiene en marcos sociales, como lo son el tiempo, el espacio, y el lenguaje, pero también se sostiene por los significados que se encuentran en la cultura (Mendoza, 2004, p.12).

Por otra parte, el olvido social se conforma por los procesos y prácticas que posibilitan que se releguen acontecimientos que en un momento tuvieron interés para un grupo, colectividad o sociedad, y de los que se pretende su desaparición del escenario social (Mendoza, 2007, p.22). El olvido social por tanto se contrapone a la memoria colectiva.

Existen al menos tres formas de olvido social. El primero, hace referencia a la necesidad humana de olvidar. Es lo contrario al personaje del cuento de

Borges quien recordaba absolutamente todo cuanto ocurría y la vida se le volvió un martirio.

El segundo tipo de olvido es ocasionado por el acelere social que la modernidad le imprime a las ciudades y a las personas, se trata de un olvido que impide que se guarden los acontecimientos significativos. La velocidad a la que ocurren las cosas es tan vertiginosa que impide que un acontecimiento sea significativo porque cuando éste todavía no ha terminado de respirarse, de vivirse, de significarse, ya es olvido. Este es el fenómeno que ocurre con los noticieros de hoy en día, donde uno en una hora puede enterarse de lo que ocurre en el mundo y al momento siguiente no recordar absolutamente nada. Es decir, los acontecimientos y experiencias no se anclan, no se integran (Mendoza, 2001, p.44).

El tercer tipo de olvido es el que se denomina institucional, es quizás el más peligroso y que de consumirse, asimilarse o asumirse, termina por producir un olvido social. Consiste en la mutilación de otras posibles memorias, imponiendo y erigiendo una única versión de los hechos. Los grupos que desean imponerse sobre otros recurren a omitir ciertos acontecimientos que ocurrieron en el pasado e imponen una versión hegemónica sobre el tiempo anterior. Como proceso, práctica y producto, este tipo de olvido ha sido un recurrente utilizado en la historia de la humanidad. Se ha echado mano de él para mantenerse y legitimarse en el poder.

Entre la memoria colectiva y el olvido social hay una constante tensión sobre el sentido de los acontecimientos del pasado y su recuperación. La primera insiste en la permanencia, el segundo, en la pérdida, y ambos son articulados en el presente.

Prácticas sociales de la conmemoración

Remo Bodei (1998, p.58) señala que hay un inseparable tono afectivo de la memoria. Subraya que no hay que olvidar que la raíz etimológica de recordar, re-cordis, significa volver a pasar por el corazón; es decir nos remite a lo sentido,

¹Premio Nobel de Química en 1993.

pues nos acordamos de aquello que nuestro corazón señala como digno de guardar y que lo hace latir, que no es otra cosa que el dicho de la memoria, que dice: *-recordar es volver a vivir-*.

Por otra parte, conmemorar, etimológicamente remite a la acción de recordar, de hacer memoria, de honrar el recuerdo de algo o de alguien (Gómez de Silva, 1985, p.88), de insistir en la presencia de algo o alguien. Lo anterior se realiza mediante ese recuerdo que tiene la forma de lo cotidiano, o bien, mediante aquello que no se presenta diariamente, pero que ocurre con cierta regularidad.

Según Immanuel Wallerstein (2012, p.29), rememorar el pasado es un acto del presente, hecho por los hombres del presente, y que afecta el sistema social presente. El estudio y análisis de la conmemoración abre, en verdad, la posibilidad de entender los distintos usos del pasado. Las prácticas sociales de conmemoración se refieren a eventos colectivos como los ritos, ceremonias y festividades que corresponden a una tradición. Lo que es importante para la celebración y se recuerda a través de la remembranza, como decía Ricoeur, “no es el hecho de que ya no existe más, sino el hecho de que alguna vez existió” (2002, p. 28), que constituyó una parte importante de la existencia de los antepasados y que ahora se extiende hasta el momento presente, para que los nuevos integrantes de una sociedad se identifiquen, se apropien de algo que los precedió y lo restauren, aunque sea a su manera, empleando elementos novedosos; toda vez que aquello que perdura no es el fiel reflejo, sino el significado del pasado (Mead, 1929, p.112).

Las prácticas conmemorativas se fundan en la repetición del calendario ritual de fechas emblemáticas, así como también en la marcación de aquellos territorios significantes para la colectividad. En ambos casos se trata de una forma de organizar el espacio y el tiempo, cuya particularidad es el intento de estar siempre presente. En tanto espacio político, la población se abre como una posibilidad de encuentro para dar cabida a otras memorias –voces y narrativas que circulan por la ciudad–, a veces marginales, extraviadas o censuradas, que no tienen otro territorio donde ser-hacer y encuentran allí un lugar donde adherirse (Raposo Quintana, 2012, p.12).

Las fechas no tienen significado alguno por sí mismas, sino que hay que dotarlas de algún sentido. Por eso, determinadas sociedades dividen su tiempo

con un calendario específico, inscribiendo en él momentos y eventos que han de perdurar, de esa manera se puede hablar de la existencia de tantos tiempos como grupos que los signifiquen.

Esta forma particular de recuperar el pasado, a través de la conmemoración y del refuerzo de ciertas identidades, no elimina, sin embargo, la posibilidad de desarrollar igualmente un carácter reflexivo y crítico respecto de los procesos que son conmemorados. Pues al mismo tiempo que el poder celebra un acontecimiento histórico, para reforzar una identidad victoriosa de determinada comunidad, surgen grupos contra-hegemónicos que contraponen una propuesta de reflexión crítica sobre el pasado.

Walter Benjamin (1994, p.149) señala en su tesis sobre la historia que ésta es como un cortejo fúnebre de los vencidos, por ello la importancia de la rememoración, pues por lo general las clases dominantes rememoran las masacres y las guerras a través de sus victorias y sus héroes. La idea de rememoración no tiene que ver con el pasado sino con el presente. De ahí la exigencia de pensar la historia a contrapelo, no desde sus victorias y sus triunfos, sino desde los vencidos y sus derrotas.

Se puede hablar de cinco tipos de prácticas conmemorativas, sin que con ello se pretenda arribar a una clasificación acabada, a saber: (1) las prácticas Familiares, (2) las Laborales, (3) las Cívicas, (4) las Religiosas y (5) las Reivindicatorias. Para los fines de este trabajo nos avocaremos exclusivamente a estas últimas. No sin antes señalar que algunas conmemoraciones tienen profundas raíces en la memoria cultural de los pueblos, a diferencia de otras, que han sido procuradas desde instituciones oficiales, con la finalidad de alentar una ideología como lo patriótico y lo nacional; algunas más, han sido diseñadas para animar el consumo, mientras que otras están relacionadas con medidas contestatarias, como la protesta y la denuncia (Díaz Tovar y Albarrán Ulloa, 2008, p.138).

Las prácticas reivindicativas siguen en el intento de reivindicar eso que la mayoría no hace, es decir, todavía intentan transmitirle a la sociedad en su conjunto, una memoria que le compete. Podríamos decir que se trata de prácticas “minoritarias”, no por el número del colectivo que las conmemora, sino porque son propias de grupos que no gozan de reconocimiento, ni detentan alguna especie de poder en el resto de las personas. Son fechas no “oficiales” o, en ocasiones,

aunque se encuentran ya institucionalizadas las fechas, el carácter de la denuncia o de la protesta no cesa (Díaz Tovar y Albarrán Ulloa, 2008, p.140).

Así, tenemos fechas como el último sábado de junio que no es precisamente el día de los homosexuales y la diversidad sexual, pero se marcha y realizan actos simbólicos porque ese día se recuerda la masacre y la percusión que sufrieron en los hechos del Stonewell en Nueva York en el 69; el 8 de marzo, aunque ya posee el carácter de día internacional, no es precisamente el día en que se inició el reconocimiento de la emancipación femenina, sino el día en que los dueños de una fábrica neoyorquina quemaron vivas a las obreras ahí atrincheradas, por haber osado protestar contra la explotación de la que eran objeto, por lo tanto es una jornada de activismo que se emprende para reclamar los derechos que no han sido plenamente reconocidos. Pero existen prácticas con un carácter mucho más local o regional.

Prácticas conmemorativas en Latinoamérica

En Latinoamérica la cara visible del poder se mostró durante las décadas de los 70's y 80's a través de una forma tosca, burda, vulgar, como el asesinato político; primero la tortura, luego la muerte y finalmente la desaparición del cadáver; fueron miles los casos de personas que en determinado momento desaparecen, se esfuman, sin que quede constancia de su vida o de su muerte. No hay cuerpo de la víctima ni del delito. Puede haber testigos del secuestro y presuposición del posterior asesinato, pero no hay un cuerpo material que dé testimonio del hecho (Calveiro, 2001, p.142).

Las sociedades latinoamericanas guardan memoria de lo que acontecido, de distintas maneras. Puede haber memorias acalladas y que sin embargo permanecen e irrumpen de maneras imprevisibles, indirectas. Pero también se presentan ciertos actos abiertos de memoria como ejercicio intencional, buscado, que se orienta por el deseo básico de comprensión, o bien por un ansia de justicia; se trata, en estos casos, de una decisión consciente de no olvidar, como demanda ética y como resistencia a los relatos cómodos (Calveiro, 2001, p.98).

En Argentina, un ejemplo presente de esto son las rondas vespertinas realizadas todos los jueves desde hace cerca de 43 años por las Madres y Abuelas de la

Plaza de Mayo. El movimiento surge en plena dictadura militar argentina, más precisamente en el año 1977, cuando un grupo de mujeres se reúne en abril en la Plaza de Mayo de la ciudad de Buenos Aires reclamando respuestas por los hijos desaparecidos, detenidos y/o secuestrados por las fuerzas de seguridad. Desde ese momento, y hasta finalizado el golpe de Estado, todos los jueves darán su ronda silenciosa alrededor de la plaza, acrecentándose en cada encuentro el número de participantes diversos. Una vez finalizada la dictadura, el movimiento sigue en pie otorgando apoyo a los sectores sociales más desfavorecidos y reclamando por los Derechos Humanos en el país y la región.

Aquí, la función esencial de la memoria es mantener la cohesión interna y defender las fronteras de aquello que un grupo tiene en común, en el cual se incluye el territorio. En este sentido, la memoria es la operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar, se integra en tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades. La referencia al pasado sirve para mantener la cohesión de los grupos y las instituciones que componen una sociedad; para definir su lugar respectivo, su complementariedad, pero también las oposiciones irreductibles.

Si la memoria reconstruye diariamente el pasado, esa reconstrucción debe cumplir una misión, en este caso demostrar la inagotable lucha para pedir justicia por los desaparecidos, que se torna con el tiempo en una lucha férrea por el “*nunca más*” una dictadura, pero también cumple otra misión, y es la de recordar, de rememorar los acontecimientos ocurridos entre 1976 y 1983 y en cualquier régimen opresor.

Mucho después de finalizada la dictadura el movimiento no cesa, porque las desapariciones forzadas y la criminalización de la protesta tampoco lo hacen y siguen cobrando vidas, en los últimos años la muerte de Kosteki y Santillán en 2002, la desaparición de Julio López en 2006, del asesinato del docente y militante Carlos Fuentealba en 2007; finalmente, la que en fecha reciente ha logrado calar más hondo ha sido el asesinato del joven militante Mariano Ferreyra en 2010 la cual desató una serie de movilizaciones para llevar a juicio a los responsables no sólo materiales sino intelectuales y mantiene el foco de la opinión pública en la criminalización de la protesta y la juventud así como en los actos de represión del Estado.

En Chile también existen ejemplos importantes. Desde las masivas movilizaciones de la década de los 80's contra la dictadura de Pinochet no se tiene registro de movilizaciones tan masivas y populares como las del Movimiento estudiantil y social de 2011. Los estudiantes chilenos no sólo cuestionaron la educación que reciben por mercantil y elitista, sino que se oponían a una educación que reproduce y profundiza las desigualdades.

El movimiento estudiantil de 2011 es el tercero que vive Chile en la última década. En el año 2000 los estudiantes secundarios salieron a las calles, con demandas sobre el transporte, en un movimiento denominado el “mochilazo”. En 2006 se produjeron grandes manifestaciones y tomas de Liceos que provocaron la renuncia del ministro de Educación y consiguieron que se modificara parcialmente la Ley de Educación. La revolución “pingüina”, denominada así por el uniforme utilizado, fue el primer movimiento exitoso en democracia. Fue tan masivo como renovador en sus formas organizativas ya que las decisiones se tomaron en asambleas, donde predominaba la horizontalidad, la deliberación y la participación directa.

Chile no conocía una oleada tan vasta de acciones colectivas como las de 2011. Dichas acciones comenzaron con las acciones estudiantiles a finales de abril, posteriormente el 30 de junio, 200 mil estudiantes marcharon por la Alameda. A partir de ese momento fueron decenas de marchas. “Un sentimiento de fiesta animaba a los jóvenes. No había banderas de partidos, ni consignas uniformes, pero sobre todo no íbamos a ningún lugar sagrado del Estado, como acostumbran hacer los sindicatos y los partidos”. En las semanas siguientes los estudiantes, sobre todo los secundarios, tomaron el canal Chilevisión en protesta por la forma en la que los medios trataron las movilizaciones. El momento más importante fue el 4 de agosto. La represión policial fue muy fuerte y se detuvo a 874 estudiantes. La población de todo el país se solidarizó con masivos cacerolazos y marchas espontáneas en las principales ciudades, convirtiendo la jornada en una protesta nacional como las que hubo contra Pinochet. La gente gritaba “Y va a caer” que era lo mismo que se gritaba contra Pinochet en las protestas de la dictadura. Se bailaba hasta las dos o tres de la mañana.

La izquierda creyó que la represión había conseguido destruir el vínculo social. En cierto momento esas relaciones se vuelven invisibles, pero cuando

sucede algo muy fuerte, resurgen, porque hay una memoria latente y la gente se vuelve a ayudar y eso es lo importante a destacar. Pues como señala Benjamin (1994, p.115) cada nueva rebelión de los sectores subalternos, trae a la vida y a la memoria todas las luchas anteriores de sus hermanos sometidos y explotados, animando deseos de cambio, más desde los agravios y las derrotas del pasado que desde los anhelos de un futuro porvenir.

Aguirre Rojas (en Tortosa Blasco, 2012, p. 83), va a decir que toda rebelión popular desata y actualiza la creatividad popular, la cual va a plasmarse en la invención de nuevas formas organizativas, la festividad y en la reconstrucción de nuevas formas de protesta y el constituirse, como decía Lenin, en una verdadera fiesta de los oprimidos.

En México, durante los años sesenta y setenta del siglo XX actuaron diversos grupos guerrilleros que surgieron en distintos puntos del país. Lo mismo en las zonas rurales, como Guerrero, que en las grandes ciudades como Monterrey, Guadalajara y la Ciudad de México. El Estado mexicano, ante esta ola de grupos armados, decidió enfrentarlos, no con la ley, sino con la violencia, que rebasa incluso los marcos legales instituidos en ese país. A esta manera terrorífica de enfrentar a los guerrilleros se le conoce como la guerra sucia. Durante esta guerra sucia el gobierno mexicano implementó el despliegue de múltiples prácticas, como el encarcelamiento ilegal, la desaparición forzada, la detención de familiares de guerrilleros y la tortura. Esta última se infligió lo mismo a hombres que a mujeres acusados de ser guerrilleros(as) o de brindar apoyo a estos grupos. Desde marcas, golpes y mutilaciones, hasta la introducción de objetos en el cuerpo, fueron algunas formas en que la tortura cobró vida –en sentido real y figurado– en esta guerra sucia. La guerra sucia lo es, precisamente, porque se rechaza la propia ley que se dice defender, y se hace desde el poder, en este caso desde el Estado mismo. No se responde desde la legalidad, sino que desde ahí se actúa y se quebranta. Se tortura y se asesina.

En el caso de la guerra sucia, la apuesta del gobierno mexicano fue el olvido. La guerra desatada contra las agrupaciones subversivas fue en todo momento acallada. El silencio fue el recurso del que se hizo uso. A ello contribuyeron los medios de información - prensa, radio y televisión-. A la guerrilla no se le reconoció como tal, se les enclaustró en la categoría de delincuentes y terroristas y pasó desapercibido para gran parte de la población mexicana.

Hoy, el 10 de Junio y el 2 de Octubre son fechas adoptadas por los movimientos sociales y estudiantiles en México, y en ellas se encapsulan las luchas, protestas y demandas de todo este periodo, las personas salen y toman las calles al grito del “Únete pueblo”, rememorando no sólo a las víctimas de la masacre y la sangre derramada, sino la represión y el autoritarismo del Estado presente aún en él.

El dominio sobre la memoria y el olvido, como prácticas sociales, es un proceso eminentemente político, y deviene como un elemento fundamental para el control y ejercicio del gobierno en una sociedad. Apoderarse de la memoria, y por supuesto, del olvido de una sociedad es una de las preocupaciones de los grupos de poder. De ello son muestra sus olvidos y silencios: de la manipulación de la memoria. Actualmente en México se han dado muestras de la importancia que tienen el olvido, pero sobre todo la memoria. Desde las movilizaciones en 2011 del Movimiento Paz con Justicia y Dignidad impulsadas por el poeta Javier Sicilia que sacó del olvido a las más de 32 mil desaparecidos(as) y víctimas en México de la Guerra contra el narco. En 2012, se logró relegar a segundo plano las protestas juveniles y ciudadanas del movimiento #YoSoy132 contra la asunción de Peña Nieto como presidente de la República sumadas a las marcha del 1 de mayo día del trabajo; el desalojo de los maestros de la CNTE del Zócalo el 13 de septiembre y las manifestaciones de universitarios y de jóvenes que reclaman su ingreso a la educación superior también parece quedar en la historia. En 2014, se han reportado manifestaciones en no menos de 20 de los 32 estados de la república mexicana en contra de la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, hecho que aunque ha eclipsado la atención de la opinión pública nacional e internacional también ha logrado poner en evidencia y ligar con el pasado otros casos de terrorismo de Estado que habían quedado sumergidos en el olvido y la indiferencia, como fueron Aguas Blancas en el 1995, Acteal en 1997, Atenco en 2006 y Tlatlaya en 2014; pareciera que no hay fosa lo suficientemente honda en la que se pueda enterrar la memoria de estos hechos.

Paralelamente, el gobierno ha colaborado en la agrupación de modernos halcones que han sido utilizados para crear violencia cada vez que grupos organizados salen a las calles. Estos grupos de choque se infiltran entre quienes protestan. Embozados, se lanzan contra la policía, desatan la persecución y represión y huyen protegidos por los uniformados, quienes arremeten contra

quienes legítimamente protestan, quienes caen en la provocación y responden, o de plano quienes no tienen nada que ver. Y cada vez más, arremeten contra la prensa. Los casos abundan.

Si en el 68 el régimen priista decidió sacar a los militares para acabar con el movimiento estudiantil y en 1971 optó por crear el grupo paramilitar de *Los Halcones* para reprimirlos, ahora desde las manifestaciones del 1 de diciembre de 2012 la presencia de los grupos de choque, amparándose en los llamados *anarquistas*, se han vuelto casi norma, incitando actos de violencia y disturbios aislados de la masa de manifestantes pacíficos, con ello provocan la represión y el ataque de policías y granaderos contra el grueso de los manifestantes ante la mirada de las cámaras y medios de comunicación.

En todas las manifestaciones han logrado el objetivo de convertirse “en la nota”, en las imágenes para la prensa y la televisión y en desatar la histeria de conductores radiofónicos y comentaristas por los destrozos que causan en las calles y en los comercios. Peor aún, las causas de las protestas quedan asociadas a los desmanes. Lo que se busca es desvirtuar el sentido de la conmemoración, establecer medidas y normas que “regularicen” las formas de protesta social, como si esta se pudiera normativizar ya se alistan iniciativas como la *Ley de Movilidad*, impulsada este 2014 en el Distrito Federal pero el objetivo último es polarizar a la sociedad y reducir la participación en las marchas, mostrándolas como peligrosas, anacrónicas. Dejaremos abierta la interrogante de cuestionarnos ¿a quiénes sirve estas formas de olvido social?

Para finalizar, la memoria se concibe como acción, por lo tanto requiere de prácticas, y una forma es aquella que la liga a la justicia, y lo hace mediante la protestas y la manifestación, al dar voz a los que han sido callados, silenciados, marginados, excluidos (Cohen, 2003, p. 7), a aquellos hombres y mujeres que de una u otra manera han quedado al margen de la historia, al margen de su propia voz.

No obstante su afán por recordar, lo que pretenden quienes llevan a cabo acciones de conmemoración no es resaltar cualquier pasado, sino sólo aquel que es significativo y relevante para un determinado grupo social, aquello con lo que se identifican sus miembros, aquello que va de acuerdo con lo que sienten (Blondel, 1928). Se busca que lo importante no pase desapercibido, que los que no saben se

enteren, que reconozcan un día o un lugar y participen de un evento que merece notable distinción del resto de las experiencias grupales, ya que la memoria es un práctica social, por lo tanto es un acto que se realiza en el presente.

El olvido sólo hace silente el pasado. Amordaza las voces del pasado. Silenciar y olvidar son acciones que muchas veces resultan convenientes para el Estado, que intenta, a través de sus actividades, obtener los resultados que en el pasado obtuvo. No olvidemos que ocuparnos de nuestros recuerdos es ocuparnos del pasado para que no suceda en el futuro.

Referencias

- Benjamin, Walter** (1993). *Discursos interrumpidos*. Buenos Aires: Planeta.
- Blondel, Charles** (1928). *Introducción a la psicología colectiva*. Buenos Aires: Troquel.
- Calveiro, Pilar** (2001). *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*. México: Taurus.
- Cohen, Esther** (2003). *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*. México: Taurus/UNAM.
- Díaz Tovar, Alfonso y Albarrán Ulloa, Valentin** (2008). Las prácticas conmemorativas: el pasado familiar o lo familiar del pasado. *Notas: Boletín Electrónico de Investigación de la Asociación Oaxaqueña de Psicología*, Vol. 4, Número 1, 136-144.
- Durkheim, E.** (1912). *Las formas elementales de la vida religiosa*. New York: Free Press.
- Gómez de Silva, Guido** (1985). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Halbwachs, Maurice** (1968). *La mémoire colectiva*. Paris: PUF (trabajo original publicado en 1950).
- Mead, George H.** (1929). La naturaleza del pasado. *Revista de Occidente*, 100, 1989, 51-62.
- Mendoza García, J.** (2007). La sociedad en disputa: el conflicto entre memoria y olvido. En Arciga Bernal (Comp.) *Psicología de las transformaciones culturales*. México: UAM Itztapalapa.

- Mendoza, Jorge** (2004). El olvido: una aproximación psicosocial. En Jorge Mendoza y Marco A. González (Coords). *Enfoques Contemporáneos de la Psicología social en México: de su Genesis a la Ciberpsicología* (pp.141-128). México: Miguél Ángel Porrúa/ITESM-CEM.
- Mendoza, Jorge** (2001). Memoria colectiva. En Marco A. González y Jorge Mendoza (Comps.). *Significados colectivos. Procesos y Reflexiones Teóricas* (pp. 67-125). México: ITESM-CEM.
- Bodei, R.** (1998). *La forma de lo bello*. Madrid: Antonio Machado.
- Raposo Quintana, G.** (2012). Territorios de la memoria: La retórica de la calle en Villa Francia. *Revista Polis*, 31, 2-15.
- Ricoeur, Paul** (2002). Definición de la memoria desde el punto de vista filosófico. En Barret-Ducrocq, Françoise (ed.). *¿Por qué recordar?.* Barcelona: Granica, pp. 24-28.
- Tortosa Blasco, J.M.** (2012). Desigualdad y movimientos alternativos en el capitalismo actual: un contexto para el 15-M. *Alternativas*, 19, 77-93.
- Wallerstein, I.** (2012). *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI de España.